

LA ENTREGA DEL CORAZÓN

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

LA ENTREGA DEL CORAZON

¡Cómo te reías, noblemente, cuando te aconsejé que pusieras tus años mozos bajo la protección de San Rafael! para que te lleve a un matrimonio santo, como al joven Tobías, con una mujer buena y guapa y rica —te dije, bromista.

Y luego, ¡qué pensativo te quedaste!, cuando seguí aconsejándote que te pusieras también bajo el patrocinio de aquel apóstol adolescente, Juan; por si el Señor te pedía más ¹.

Cuando uno es joven y trata de orientar su futuro de acuerdo con la voluntad de Dios, puede plantearse esta alternativa que sugiere nuestro Fundador: el camino del matrimonio o el celibato apostólico. Lo importante es descubrir qué es lo que Jesucristo pide en cada caso.

Nuestro Padre predicó a lo largo de toda su vida que el matrimonio es una vocación, un camino de santidad. Más aún, la mayor parte de los miembros de la Obra son personas casadas, padres y madres de familia, que recibieron la llamada de Dios al Opus Dei para santificarse precisamente en y desde su vida matrimonial, en el cumplimiento de sus deberes familiares.

Sin embargo —comenta el Padre, haciéndose eco de lo que también afirmaba nuestro Fundador, siguiendo la doctrina de la Iglesia—, *la fe*

(1) *Camino*, n. 360.

cristiana enseña que el celibato apostólico, que es otra vocación, es más perfecto. Dios Nuestro Señor se entrega a algunas personas de tal manera, que espera de ellas una correspondencia total; es celoso —como recordaba nuestro Fundador— y no está dispuesto a compartir su amor con otros seres. Hijos, si Dios nos da ese don tan grande, ante ese tesoro inmenso, ¿cómo vamos a decir: yo no lo quiero?²

Tener corazón

Cuando alguien vislumbra la posibilidad de que Dios le pida el corazón entero, no es raro que reaccione con sorpresa y quizá que se resista a esa entrega. La llamada tal vez le parece incompatible con su capacidad de amar, con la necesidad que siente de querer y de ser querido. Seguramente comprueba que su corazón se apega a las criaturas; que sueña con un amor humano dichoso, y quizá al mismo tiempo nota, con viveza, el tirón de las pasiones.

En estas circunstancias, más de uno podría razonar así: si Dios me ha dado esta capacidad de cariño, y me concede la posibilidad de encauzarla en el matrimonio, no parece razonable que ahora me pida otra cosa. Es posible incluso que alguno suponga que serían más idóneos para esta entrega total quienes no se sientan particularmente atraídos hacia la vida matrimonial o los que, por una supuesta gracia especialísima de Dios, se vieran particularmente fortificados contra las tentaciones de la carne.

La realidad es muy distinta. Cuando Dios pide a una persona que renuncie a formar una familia en la tierra, para estar plenamente disponible a su servicio, le invita a descubrir un panorama nuevo de Amor, con mayúscula. No busca, por tanto, corazones fríos, gentes incapaces de querer. Al contrario: como escribía nuestro Padre en un antiguo documento, en el Opus Dei *caben (...) todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas*³.

(2) Del Padre, *Crónica*, 1979, p. 480.

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 65.

Tener corazón grande no sólo no es una dificultad, sino que constituye un requisito para recibir la llamada a servir a Dios en el celibato. Sólo el que sabe enamorarse de verdad es capaz —con la ayuda de la gracia— de una entrega plena, por amor, aunque sienta la atracción de otros amores más pequeños; y aunque pese —y mucho— el convencimiento de la propia miseria.

*Hay corazones duros, pero nobles —decía nuestro Padre—, que, al acercarse al calor del corazón de Jesucristo, se derriten como el bronce en lágrimas de amor, de desagravio, ¡se encienden! Y hay otros, que son de barro y se resquebrajan. Son polvo, dan asco*⁴. Los primeros entienden el lenguaje del cariño. Y, si Dios les llama, están en condiciones de escuchar su voz y de darse por entero. A los otros les desconcierta esta lógica del amor y de la entrega.

No es cuestión de sensibilidad o de temperamento. Tener corazón no significa ser especialmente apasionado o sentimental. En nada se relaciona, por tanto, con la cultura, con la edad, con el modo de ser propio de un país o de una comarca. Esta capacidad de querer supone más bien un conjunto de virtudes: generosidad, reciedumbre, juventud de espíritu, valentía..., ya que el amor —también el amor humano— sólo es auténtico cuando prende en una personalidad no corrompida por el egoísmo, por la sensualidad o por el orgullo.

Hay personas que parecen incapaces de darse por entero. Se diría que el idioma de la entrega les aturde. Ni siquiera saben ser realmente ambiciosos: sus proyectos jamás traspasan la frontera del propio yo. Llegan justo hasta ahí... Pero que nadie les hable de jugarse la vida —la fama, la salud, el dinero— por un amor. Son corazones pequeños que, de tanto calcular, se han olvidado de querer.

Para entregarse a Dios del todo hay que saber amar, hay que tener corazón, porque la llamada *es algo tan hermoso como enamorarse, y exige una fidelidad a ese compromiso de amor; tiene su anverso y su reverso, sus alegrías y sus sacrificios (...). Es un don inefable, como decía el Señor y como a mí me gusta llamarlo. Hay que dar el corazón indiviso, entero,*

(4) De nuestro Padre, Crónica X-64, pp. 6-7.

*porque el corazón se apega. A mí —concluía nuestro Padre en una tertulia— se me apega a vosotros; no lo oculto y creo que lo notáis*⁵.

Los primeros Doce

Los Apóstoles elegidos por Jesucristo fueron hombres de corazón. Fácilmente podríamos evocar infinidad de escenas del Santo Evangelio en las que aquellos primeros discípulos del Señor muestran, junto a sus debilidades, la grandeza de un corazón que reacciona una y otra vez a los requerimientos de Jesús, incluso cuando su fe vacila o su inteligencia no llega a entender el porqué de lo que se les pide.

Pedro, por amor a su Maestro, parece capaz de cualquier locura: de defenderlo con la espada frente a toda una cohorte de soldados, en el Huerto de los Olivos⁶, o de lanzarse a caminar sobre las aguas, a pesar de que su fe todavía es pequeña⁷. Juan y Santiago, por estar cerca de Jesús en el Reino de los Cielos, responden con un sí lleno de firmeza —*possumus!*—, cuando el Señor les pregunta si estarán dispuestos a beber su mismo cáliz⁸. Tomás, el que más tarde dudaría de la Resurrección, exclama: *vayamos también nosotros y muramos con El*⁹, cuando Cristo decide ir a Betania, a sabiendas de que los judíos le buscan ya para matarle. Natanael aparece desde el primer momento como un hombre íntegro, de una pieza, que se deja ganar por el cariño de Jesús¹⁰. Y el mismo Judas Iscariote pudo haberse salvado por el corazón cuando, asustado de su crimen, arroja al templo el precio de la traición¹¹. Sólo *le faltó la esperanza* —comentaba nuestro Padre—, *que es la virtud necesaria para volver a Dios. Si hubiera tenido esperanza, podría haber sido aún un gran Apóstol*¹².

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 450;

(6) Cfr. *Ioann.* XVIII, 10-11.

(7) Cfr. *Matth.* XIV, 28-31.

(8) Cfr. *Matth.* XX, 20-28.

(9) *Ioann.* XI, 16.

(10) Cfr. *Ioann.* I, 45-51.

(11) Cfr. *Matth.* XXVII, 3-5.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 8-XII-1968, en Crónica, 1969, p. 26.

La vocación de San Juan

Sin embargo, no basta tener corazón. Cuando Dios pide una entrega total, quiere corazones, libres de otros amores que limiten la disponibilidad de entregarse, por Dios, a todas las almas; corazones que sepan abandonarse, sin buscar compensaciones, porque *Jesús no se satisface «compartiendo»: lo quiere todo*¹³. Esa fue la vocación de Juan: *sólo este adolescente, el más joven de los Apóstoles, permanece junto a la Cruz. Los demás no sentían ese amor tan fuerte como la muerte* (cfr. Cant. VIII, 6)¹⁴.

El Señor le había llamado en la primera hora, cuando Juan podía darle todo. *¿Queréis que veamos cómo mira Cristo Jesús? —preguntaba nuestro Padre en una tertulia con gente joven— (...). Juan el Bautista había puesto una cátedra peripatética, caminando por las cercanías del Jordán. Le rodeaban muchos discípulos y entre los discípulos estaba Juan, que era adolescente y sentía —como vosotros— aletear el amor: necesitaba cariño y verdad. Todos vosotros tenéis ansias de cariño y de verdad..., sois capaces de cualquier cosa. El mismo nos cuenta cómo el Bautista señaló a Jesús que pasaba, y dijo: ecce Agnus Dei!, ahí está el Cordero de Dios, ahí está el que quita los pecados del mundo... Y Juan cruzó su mirada con la de Cristo, lo siguió y le preguntó: Maestro, ¿dónde vives? Se fue con El, y estuvo con el Maestro todo el día. Luego lo cuenta, a la vuelta de los años, con un candor encantador, como un adolescente que hace un diario en el que vierte el corazón y apunta hasta la hora: hora autem erat quasi decima... Se acuerda hasta del momento preciso en que le miró Cristo, de cuándo le atrajo Cristo, de cuándo no se resistió a Cristo, de cuándo se enamoró de Cristo*¹⁵.

Desde entonces, Juan vivirá exclusivamente para Jesús. Será aquel discípulo *quem diligebat Iesus*¹⁶, el más amado por el Maestro; el que recostó su cabeza sobre el pecho de Cristo, durante la Última Cena¹⁷; el

(13) Camino, n. 155.

(14) *Es Cristo que pasa*, n. 2.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 6-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 113.

(16) *Ioann.* XXI, 7.

(17) Cfr. *Ioann.* XXIII, 23.

que supo llegar a la Cruz con María; el que la recibió en primer lugar como Madre ¹⁸.

Han pasado tres años desde la llamada. Jesús ya ha resucitado. Pedro y Juan, después de una noche de pesca infructuosa en el Mar de Tiberíades, vuelven a la ribera, donde les espera el Señor; *pero los discípulos no conocieron que fuese él* ¹⁹. Jesús, como en otro tiempo, les dice que echen la red a la derecha de la barca, y, al producirse la pesca milagrosa, Juan exclama: *¡es el Señor!* ²⁰.

El amor —comentaba nuestro Padre—, el amor lo ve de lejos (...). La limpieza de aquel hombre, la entrega de aquel hombre, que se había siempre conservado limpio, que se había dado a Dios del todo desde la adolescencia, hace que conozca al Señor. Se necesita una especial sensibilidad para las cosas de Dios, una purificación. Ciertamente es que Dios también se ha hecho oír de pecadores: Saulo, Balaam... Sin embargo, de ordinario, Dios Nuestro Señor quiere que las criaturas, por la entrega, por el amor, tengan una especial capacidad, para conocer estas manifestaciones extraordinarias. El amor es el que primero capta esas delicadezas. Aquel Apóstol adolescente, por el amor que tiene a Jesús, porque amaba a Cristo con toda la pureza de un corazón que no ha estado corrompido nunca, dijo: Dominus est! ²¹.

Barruntar el amor

¿Cómo saber si Dios pide esta entrega total del corazón cuando alguien se siente llamado al Opus Dei? No hay que olvidar que Dios, junto con la vocación, da también las señales suficientes para reconocerla. Algunas pueden ser el momento y las circunstancias en que se oye la voz del Señor. Cuando se es joven y no existe ningún obstáculo objetivo —por ejemplo, un deber grave de justicia o de caridad— para darse del todo, es probable que —si se tiene vocación— esa llamada exija una do-

(18) Cfr. *Joann.* XIX, 25-27.

(19) *Joann.* XXI, 4.

(20) *Joann.* XXI, 7.

(21) De nuestro Padre, *Crónica* X-61, pp. 72-73.

nación completa: Jesús pide siempre todo lo que el alma está en condiciones de entregar.

Nuestro Padre, en una tertulia con personas jóvenes, respondía así a quien le planteaba una duda de este estilo: *a tu edad, más o menos, cuando las pasiones empiezan a removerse y le tiran a uno de la ropa, por aquí, por allá y por el otro lado, y la vista se va, ¡barrunté el Amor! No me pongo colorado para decírtelo: éstos no se enteran. Estamos tú y yo solos. Yo tenía tu edad, cuando barrunté el Amor; y di un cambiao, con la gracia del Señor, No es que antes fuera malo. ¿Quién sabe si no estás barruntando tú el Amor?*

El Opus Dei es un camino de amor. En el Opus Dei se puede andar por todos los caminos de la tierra haciéndolos divinos, sin dejar de ser muy humanos, porque Dios Nuestro Señor no nos pide cosas deshumanas. Si te estoy hablando con este cariño de hermano mayor y de Padre, es porque soy hombre lo mismo que tú. Y cuando hablo con mi Señor —con Dios—, le hablo con mi voz de hombre o con mi cabeza de hombre, porque unas veces rezo y otras oro. Y le digo que le quiero, porque es verdad. Con este corazón, que hubiera podido poner en el cariño de una mujer; con este corazón, con el que he querido a mi madre y a mi padre, te estoy respondiendo a ti y trato con Dios.

Yo creo que barruntas algo. ¡Déjate llevar por la gracia! ¡Déja a tu corazón que vuele! Porque si es verdad que el corazón del hombre está inclinado a cosas bajas, también tiene alas para volar alto, hasta el Corazón de Dios. Hazte tu pequeña novela: una novela de sacrificios y de heroísmos. Con la gracia de Dios, te quedarás corto²².

¿Y no es posible —podría preguntarse alguien— que una persona joven, sin inconvenientes serios para entregar el corazón entero a Dios, sea llamado al matrimonio?

Desde luego, es posible. El Señor elige a quien quiere, cuando quiere, y no pide a todos lo mismo, aunque las circunstancias externas parezcan idénticas. Por eso es necesario, en cada caso, rezar, pedir luces a Dios, estar disponible a oír su voz, y buscar consejo en la dirección

(22) De nuestro Padre, Tertulia, 29-VI-1974, en Catequesis en América, II, p. 45.

espiritual. Y siempre es preciso purificar la intención: ser plenamente sincero consigo mismo y con la persona apta para dar consejo. Hay que abrir el corazón de par en par, porque es fácil engañarse y convertir en un problema de vocación lo que es, sencillamente, cuestión de generosidad. Tal vez a alguien le suceda lo que se describe en un punto de *Camino*: *me das la impresión de que llevas el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía: ¿quién lo quiere? —Si no apetece a ninguna criatura, vendrás a entregarlo a Dios.*

*¿Crees que han hecho así los santos?*²³.

No es fácil reconocer como propia esta actitud: es preciso hacer un examen profundo, enfrentarse con Dios cara a cara..., y quizá entonces se descubra que, más allá de las mil excusas que el corazón sugiere, también uno ha empezado a barruntar el Amor. Y aunque la carne siga empujando hacia abajo, aunque cueste despegarse de otros amores, Dios dará la gracia para responder: *Señor, yo te amo porque me da la gana de amarte; y este pobre corazón, que podría haberlo entregado a una criatura, lo pongo entero, joven, vibrante, noble, limpio, a tus pies, porque me da la gana!*²⁴.

(23) *Camino*, n. 146.

(24) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 265.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)
[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)